

Sobre Pablo Neruda: Entrevista a Enrique Lafourcade.

Testimonios de Filebo y Aleixandre

PACIAN MARTINEZ*

El escritor Enrique Lafourcade, en esta entrevista, habla de su último libro, donde presenta a nuestro gran poeta no sólo en sus resplandores, sino que también en sus humanas veleidades. La obra, que se aleja del acato y de la reverencia, provocó -naturalmente- encontradas opiniones, a las que él responde diciendo que lo muestra en su faceta más humana, ajena a la glorificación y al mito.

El novelista Enrique Lafourcade, tanto en su obra literaria como en su actividad periodística, se ha caracterizado por su iconoclastia, por su rechazo a las fórmulas sacrosantas y hasta por su virulencia para arremeter en contra de lo que Joaquín Edwards Bello llamaba los "vicios nacionales". Instituciones, personas o costumbres han sido durante años objeto de su atención, prosiguiendo -por lo demás- una urdimbre crítica que era vieja en Chile, pero que se ha perdido en aras de una actitud complaciente o de la molicie. Ahora, de nuevo provoca polémica un libro suyo -*Alicia en el país de las maravillas*-, donde muestra a nuestro gran poeta, en el ocaso de su vida, cogido en la trampa antigua del amor. Esta tarea la cumple sin eufemismos, sin miedos, postura poco reverencial que lleva a pensar en un prejuicio gratuito o absurdo. Sin

*Pacián Martínez. Periodista, crítico de cine y arte.

embargo, una mirada más atenta permite descubrir la admiración intacta por el "*mínimo y dulce Nefialt de la Frontera*", como lo denomina, por el muchacho melancólico y gris que nunca perdió, en medio de tantos homenajes, glorias y parabienes, esas raíces temblorosas que lo volvían a su cuarto de niño en Temuco. Pero es otro el Neruda que Lafourcade trata de mostrar, al ser humano contradictorio -como todos-, terrenal, gozador de las cosas elementales, y no al mito intocable, ajeno a las veleidades de este mundo. El las tuvo, y como es lógico, y son las que se desmenuzan en la obra. Estas son las respuestas de Lafourcade que explican este propósito.

DESMITIFICACION DE NERUDA

-¿Qué reacciones provocó la aparición de este libro?

- Las más extrañas. "*Lafourcade calumnia a nuestra gloria nacional*", reza un graffiti en un muro. En Isla Negra, otros como "*Lafourcade enloda a Neruda*". ¿Y de qué estaba hablando yo? Del último amor del poeta. "*Un calumniador*", dijeron. Sin embargo, el amor existió, existe aún, vive en Arica. Y la pasión no fue un capricho, un repentismo de la carne. Duró más de tres años. En su otoño, nuestro patriarca, ya en los umbrales de la muerte, soñó con Alicia, con rehacer una vida en alguna parte, tal vez en París.

Muchos nerudófilos universitarios, muchos expertos en minucias biográficas sobre este poeta, quedaron atónitos. ¿Cómo? ¿Es cierto? Hace cosa de un año se efectuó un congreso internacional de especialistas en Neruda en Inglaterra, en la Universidad de Oxford, de la que el poeta fue designado Profesor Honoris Causa. Hablaron de todo lo sabido. Desmenuzaron estructuralmente sus poemas. Aplicaron tales o cuales análisis, pero a todos se les fue lo principal, los años finales de este nuevo San Pablo que parecía decirnos como el antiguo que "*si no tengo amor, no tengo nada*".

-¿Cómo surgió este interés?

- Ya lo he dicho. Fue el libro *Adiós Poeta* de Jorge Edwards.

Allí aparece un párrafo, más de uno. Jorge como cartero del amor. La correspondencia que llegaba a su nombre y que, por expresas instrucciones de Neruda, Edwards debía guardar sin abrir y entregársela discretamente. Luego, ese cable cuando recibe el Nobel, de nuevo dirigido al novelista. Neruda abriéndole un pedazo, una ventana de su alma, diciéndole cosas como "*mientras más viejo estoy, más caliente me pongo*". Pidiéndole que arrendaran una garçonnière a medias. Detalles como éstos.

El mismo Jorge Edwards me explicó algo más sobre Alicia. No puso su nombre en el libro. Sintió escrúpulos, lealtades con su amigo, pero cuenta en *Adiós Poeta* el episodio en que Matilde sorprende a su sobrina Alicia en el lecho conyugal: "*Matilde, al parecer, había partido de viaje de Isla Negra a Santiago, se había arrepentido a mitad del camino, movida quizá por una súbita 'intuición femenina' y los había sorprendido 'in fraganti', para utilizar la expresión del antiguo Código Penal*". Esto lo publica Edwards en *Adiós Poeta*, en la página 295.

-¿Hubo otras pistas?

-Sí, Volodia Teitelboim. En su libro *Neruda*. Magnífica obra, definitiva biografía. No se atrevió a eludir este cierre, el crepúsculo no exento de belleza. Aunque sólo lo hizo en la cuarta edición, la de 1991. Había omitido la historia para no herir a Matilde. Escribe Volodia: "*Matilde se encontró un día con un cuadro que no era exactamente una naturaleza muerta. Era demasiado vivo...*"

Mi curiosidad fue total. Intenté ubicar a Alicia en Santiago. Edwards me contó que su hermana alguna vez había ido a entregarle un paquete con ropa para su hija Rosarito y otros regalos que Neruda le enviaba desde París. Hablé con la hermana de Jorge. Me dio unas indicaciones aproximadas de la casa, en Vitacura, cerca de la Alliance Française. Recorrí el barrio indagando. Nada. Antiguas amigas de Neruda me ayudaron. Guardo los nombres porque así me pidieron que lo hiciera. Existía Alicia, era hija de Francisco Urrutia, hermano de Matilde. "*Tenía carita de manzana. ¡Cómo no iba a querer darle un mordisco Pablo!*", fue el comentario de una de las testigos de esta

pasión. El "episodio en cueros" fue bastante grave, con ribetes de tragedia griega. Matilde era violenta. Todo me fue narrado en detalle, pero omití esos pormenores que no prestigiaban a Neruda, exactamente.

-¿Qué fue de Alicia?

-Primero ubiqué a una tía, la única que está viva, Angelita. Ella me orientó hacia Francisco Urrutia Acuña, hermano de Alicia. Hablamos largo. Le expliqué mi interés, pero no le fue posible convencer a Alicia para que me entregara su versión. Intentamos entrevistarla. Hubo fotógrafos montando guardia frente a su casa, incluidos reporteros de la revista *Gente* de Buenos Aires. Nada. Como esto me pareció un asedio, desistí. Alcanzaron a salir algunas informaciones en *La Estrella* de Arica. Alicia persistió en su recato. Ella debe tener unos cincuenta y tres años. No se ha vuelto a casar. De su primer matrimonio tiene una hija, Rosario Campos. Vive con ella, con su yerno y con sus nietos.

LA ORTODOXIA NACIONAL

-Todo esto suena como un atentado contra la ortodoxia nacional.

-En lo que se refiere a Neruda, ciertamente. La imagen pía, conyugal y revolucionaria del poeta aparece muy erosionada. ¿Cómo era posible que Pablo, el de *Los Versos del Capitán*, el de los *Cien Sonetos de Amor*, el que vivía en éxtasis con su Matilde, su amor prohibido y luego legitimado por todas las leyes, se atreviera a amar a otra persona? ¿Cómo podía no ser perfecto, siendo tan alto intelectual del comunismo internacional?

-¿Supo el Partido Comunista del amor por Alicia?

-Sí. Al menos Volodia Teitelboim lo sabía. Le tocó ser testigo de algunas peleas del matrimonio, cuando Matilde lo trataba de "viejo verde". Pero se hicieron los tontos. La comisión de Disciplina y Cuadros, que expulsó del paraíso marxista a tantos bígamos, en este caso miró hacia otro lado.

-¿Y los intelectuales comunistas?

-No reaccionaron. Este episodio "técnicamente" no existe. En pleno romance llega a Isla Negra su amigo uruguayo Alberto Mántaras Rogé, arquitecto, cineasta. Pasean con Neruda por los jardines de la casa. De pronto, se cruzan con Alicia que vive allí trabajando como costurera para su tía Matilde. Mántaras la observa con ojo de experto y hace un comentario, algo como "¡qué preciosura!" y Pablo, a su lado, severo, dice: ¡Esta mujer tiene dueño!

El propio Mántaras acaba de confirmar la autenticidad de esta anécdota. Volodia Teitelboim ya había reparado en "el poderoso juego de té" de Alicia. A los intelectuales comunistas chilenos, austeros y puritanos, la muchacha los perturbaba. Se les hacía agua la boca. Decidieron entonces que Alicia era un fantasma. La Alicia invisible. Capaz que este acuerdo figure en el libro de actas del partido. Inexistente para ellos y para el propio Neruda.

¿No es humano lo que le sucedió a Neruda?

-Como diría Nietzsche, humano, demasiado humano. Entonces, yo dije, ¿por qué callarlo? ¿Acaso Neruda no fue el poeta de la sangre, de la vida, de los elementos, de las cosas que existen, del amor?

CRITICAS DIVERSAS

¿Qué reacciones provocó el libro?

-Muy variadas. Rechazo, escándalo, vestiduras rasgadas. ¿Cómo se atreve Lafourcade a tocar al poeta sagrado, a Pablo Buda Neruda con el pétalo de una rosa? ¡Es una afrenta! ¡Un vejamen!

En Colombia - el libro fue editado por la editorial "Norma" de Bogotá- se me tiraron encima, con todo, entre otros María Mercedes Carranza, hija del poeta Alejandro Carranza. Al parecer doña María fue ahijada de Neruda. Tituló su columna, publicada en un diario cuyo nombre no recuerdo, "Para no leer". Ese fue el título de su crítica,

donde dice: "*Chismes sobre Pablo Neruda archisabidos y mal contados*". Que yo sepa nadie sabía de estos amores, salvo un grupo de íntimos muy privados. Calificó el libro de "*basura*". Esta excomunión sembró el interés. La hija del poeta Carranza me hizo un servicio. Carranza escribió "*Soneto con una salvedad*", un bello trabajo que concluye con este endecasílabo "*Salvo mi corazón, todo está bien*". Era lo que le sucedía a Neruda en esos tiempos. Yo creo que Alejandro Carranza habría aprobado esos amores y el libro que los contaba.

Otro periodista colombiano escondido prudentemente tras un seudónimo me calificó de "*imbécil*". Entendió todo al revés, como que yo me reía de la gula de Neruda en circunstancias que más bien la celebraba. Doña María y el periodista anónimo tienen que haber escrito estos trabajos un si-es-no-es drogados. A lo mejor mi libro actúa como una droga.

Por fortuna hubo otras críticas que intentaron ver con un mínimo de pasiones lo que realmente había en esta crónica de varia lección.

En Argentina me fue mejor. Aunque más de un alguien se alarmó por el tono familiar, por la pérdida del acato y la relevancia. Debido a que yo trataba al poeta sin ceremonias, a que lo exhibía en ropa de dormitorio, en camisa de dormir. ¿Es algo tan terrible? Los franceses, expertos en esta materia, se habrían sonreído ante tal pudibundez provinciana. Neruda, el intocable. Recuerdo las cosas que se escribieron sobre Jean-Paul Sartre, en especial las memorias de Simone de Beauvoir.

La crítica en Chile, ¿cómo lo trató?

-Hubo muchas entrevistas y reseñas. Varios trabajos serios como el de Luis Sánchez Latorre (Filebo) y el de José Rodríguez Elizondo. Reconocían, celebraban. En el otro extremo, negándome casi todo, una "pataleta" de Antonio Avaria sobrecargada de tonos pasionales.

Nuestra crítica no vive sus mejores momentos. Desaparecieron los profesionales dedicados íntegramente a esta tarea. No advierto conductores estéticos de rango espiritual al modo de Ricardo Latcham, Hernán Díaz Arrieta, Hernán del Solar, Raúl Silva Castro, Mario Osses, Juan de Luigi, Eleazar Huerta, Vicente Mengod. Cada uno, desde sus perspectivas axiológicas, cumplía útiles trabajos de vigilancia, de rectificaciones, examinando linajes literarios, formas, fondos. ¿Qué tenemos hoy? Salvo Luis Sánchez Latorre, suerte de isla crítica, hay unos "comentaristas". Hemos pasado de los críticos a los comentaristas ligeros y tópicamente mínimos. En revistas femeninas, en diarios, a veces en la televisión.

Parece increíble, pero he llegado a extrañar la tribuna semanal de José Miguel Ibáñez (Ignacio Valente). Sus trabajos lograron prestigio, especialmente sus análisis poéticos. Su manejo de ideas y dogmas entremezclados resultaban incitantes, provocadores. Valente sabe entretener serenas valoraciones estéticas con desbordes e impresionismos pasionales.

Es verdad que alguna vez, más de una, negó estatura poética a la poesía de Borges [solo contra el mundo]. También es cierto que escribió con desmesura injustificada respecto de los prodigiosos talentos de Escrivá de Balaguer, calificando sus catecismos y manuales píos como obras del más grande escritor de este siglo. Lo que indica que nadie está exento de pecado. Pero ha ejercitado con alto rango intelectual sus maestrías.

El caso de Avaria

El esforzado escritor Antonio Avaria, en *El Mercurio*, me dedicó una severa crónica. Avaria está allí -como ha sido su vida entera- de suplente. Todo se origina en una gran amistad colegial y trinitaria. Para decirlo de alguna forma, un sacerdote, un sacristán y un monaguillo. Amistad que se remonta a los tiempos del Joven Laurel de Roque

Esteban Scarpa. El monaguillo Avaria ha vivido a la sombra de los laureles mayores, como Melisanda. En vez de ir tras los propios prefirió la protección.

Aunque siempre quiso ser escritor, un realismo crítico que le ha acompañado le frenó la mano. Celebro la lúcida conciencia de sus limitaciones. Entró a todos los talleres literarios. Le tuve en uno en el que se dedicaba a leer y releer un modesto texto pornográfico, efectista, destinado a seducir alumnas. Es miembro de diversas sociedades de escritores, de organizaciones de intelectuales. Participa en comités de muchas índoles destinados a administrar la vida intelectual de Chile, y no disimula sus ansias de llegar a Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.

Esto es una tradición en la SECH. He conocido a más de un presidente de esa entidad que ostentó sin remilgos el título de escritor inminente. Avaria es un nuevo caso. Entiendo que integra el directorio. No ha mucho ganó la beca Andes, para perpetrar su primera novela. Durante un año recibió esta generosa beca.

¿Escribió la novela?

- No. Otra vez su "daimon" privado le sopló al oído; "*Conócete a ti mismo, no eres escritor, no insistas*". Y él, que ha leído a Sócrates, calló. Hizo muchos informes explicando a la Fundación lo que no podía hacer. Ahora, de nuevo, olfatea becas y honores. Avanza. De pronto se le ofrece una alternativa en la arena crítica y sin más salta el ruedo armado de espada y muleta. Más muleta que espada. ¡Qué gran oportunidad! ¡Al fin podrá ponerle los puntos sobre las íes a quienes le han humillado con su amistad, con su generosidad, con su talento! En especial a ciertos escribas. Por algún motivo yo estaba en la lista negra del crítico. Desencadenó sus furias. "*Libro gárrulo, chapucero*". Habla de "*croniquillas ligeras de cascos*". Se indigna porque no reconocí los sufrimientos de los soviéticos en Stalingrado, en medio de la nieve. Y porque insinuó que Neruda era avaro con su whisky que bebía a escondidas. No me reconoce nada. Su artículo tiene variados tonos inamistosos.

Ahora, en modo alguno le objeto que el libro no le haya gustado. Es su derecho absoluto. Aunque en los viejos tiempos de Alone se guardaban formas. Hernán DÍaz Arrieta era un prodigio en la ironía homicida. Avaria, menos. Un aprendiz. Acentúa su vocación de monaguillo. No entrará a ninguna catedral. Seguirá de monaguillo de iglesia de provincia.

¿Qué otras grandes figuras quedan por explorar?

- Muchas. La crítica y la historia han sido manejadas por beatos, por incondicionales. Huidobro merece mayor atención. No se ha investigado aún el lado oscuro de su luna, el de la lunala. Sobre Neruda hay mucho paño que cortar. Perfeccionaré la primera edición de este libro con documentos y nuevos antecedentes. Detrás de estas estatuas hay hombres comunes, que padecieron dolores, soledades. Que fueron débiles, injustos. El olimpismo me parece una tendencia mistificadora que suelen profesar los biógrafos. Embellecer a nuestros artistas, muy bien. Reconocerles sus virtudes. Pero dentro de la verdad. No vamos a esperar hasta el año dos mil para descubrir que Neruda murió amando a la sobrina de su esposa, a la que le dedicó un libro y cientos de poemas.

Lo cierto es que el libro se ha abierto paso con ayuda de detractores. No pierdo la esperanza de que Alicia cuente su versión y entregue algunos documentos que ayudarían enormemente a dar luces sobre este capítulo final del gran poeta. Ella leyó el libro y, según mis informes, reaccionó con cierta soterrada melancolía, advirtiendo que lo que allí había en verdad no era un intento por exterminar al poeta, sino más bien un homenaje a este gran saurio de la poesía hispanoamericana que recién empieza a emerger del pantano, cubierto más que descubierto, con las flores y zalemas del oficialismo marxista. Neruda tuvo miserias. Y resplandores. De estos últimos, el mayor: morir amando.

Cuando Neruda hablaba de su Hija*

La palabra no es muy bonita, pero lamentablemente no hay otra en plaza: epistológrafo. Neruda, epistológrafo. El que se dedica a escribir cartas es epistológrafo. Pablo Neruda fue excelente autor, escritor, de cartas. La reciente obra de Enrique Lafourcade sobre el "último amor de Neruda", Alicia Urrutia (*Neruda en el país de las maravillas*, Ediciones Norma, 1994), invita a pensar en el destino de las cartas escritas por el vate de Isla Negra a Alicia Urrutia. ¿Cuántas en cinco años? ¿Veinte, treinta, cincuenta? ¿Dónde está ahora esa correspondencia? ¿Existe? ¿Guarda Alicia Urrutia las cartas de amor de Pablo Neruda? ¿Las quemó? ¿Valen la pena? ¿Cortas? ¿Largas? ¿Apenas billetes con anuncios o avisos como los que cambiaban los amantes furtivos de antaño? El tema da para toda clase de especulaciones.

El siguiente artículo de Luis Sánchez Latorre (Filebo, novelista, crítico literario y periodista), a publicado en *Las Últimas Noticias*, incluye una carta de Neruda a Sara Tornú, amiga del poeta, que arroja nuevas luces acerca de una etapa de su vida, comienzos de los años '30, en que habiendo abandonado Buenos Aires asume como cónsul de Chile en Barcelona, primero, y luego en Madrid. Es la época inmediatamente anterior a la Guerra Civil Española y a su compromiso político, pero de lo que allí habla no es de eso, sino de su hija, sus lecturas y el deambular de sus días inquietos.

Algunas no despojadas de cierta gravedad.

En las cartas de juventud, las que dirigía a Albertina Azócar, Pablo Neruda ponía de relieve una soltura de verdadero maestro en el arte epistolográfico. No temía incurrir en típicos chilenismos como "curao" y "curaeras" para relatarle a su amada que en la noche anterior había andado en "las tomas" (este último chilenismo lo agregó yo, de mi cosecha en sectores de bajos ingresos). O aludir a Rubén Azócar, su gran amigo y cuasi cuñado, en tiernos términos despectivos: "Tu hermano, el macaco...". Hay que recordar que Rubén Azócar, recio de complexión, era de estatura bastante reducida y tenía "cara de hombre", lo que, paradójicamente, no es tan común entre los hombres como entre los simios.

Si Neruda hubiese sido sólo escritor de cartas, eso y nada más, habría tenido que insertarse como significativo cultivador del género en la historia de nuestra literatura.

No hace mucho tiempo tuve el gusto de dar en mi revuelta biblioteca con el número 22, de noviembre de 1983, de la *Revista Chilena de Literatura*, publicación universitaria a cargo del poeta y académico Hugo Montes Brunet. Revisando con curiosidad el contenido de la revista, me detuve a examinar una nota escrita por el profesor Juan Loveluck acerca de "una carta desconocida de Pablo Neruda". La carta en referencia, fechada en Madrid el 19 de septiembre de 1934, está dirigida a una "Mujer Rubia", Sara Tornú, esposa del poeta argentino, antiguo amigo de Neruda, Pablo Rojas Paz. No he resistido a la tentación de copiar el texto íntegro de esta carta:

"Mujer Rubia"

Tengo grandes pecados en esto de las cartas. Aprenderás a perdonarlos como has perdonado tantos de mis pecados. En primer lugar, te diré que la vida no me ha dejado escribirle a nadie (tres líneas sobre un asunto comercial a Molinari), pero para ti debía reservar tres páginas, tres capítulos, tres montañas de acontecimientos. Al principio, y planteada de inmediato mi venida a Madrid, estuve semanas en este

trajín sin saber si vivía en Barcelona o en Madrid. De todas maneras me fijé en Madrid, pero vagamente, perdido por completo en la incertidumbre y oscilando entre un paraguas y Gabriela Mistral. Mañana firmamos nuestra permuta: ella se dirige a Barcelona dando grandes saltos y yo permanezco de cónsul en Madrid, llorando a gritos de alegría como un verdadero cientopíe. Estas imágenes me vienen porque anoche, en una gran fiesta nacional, 18 de septiembre, peruanos, cubanos, la argentina Delia del Carril, mexicanos, vinieron a mi casa, en donde bebieron de manera frenética.

No hay escritores, aunque ya es invierno todos andan de veraneo. Federico, en Granada, desde donde ha mandado unos lindos versos para mi hija. Mi hija, o lo que yo así denomino, es un ser perfectamente ridículo, una especie de punto y coma, una vampiresa de tres kilos. Todo bien (ahora), oh Rubia queridísima (pero) todo iba muy mal. La chica se moría, no lloraba, no dormía; había que darle con sonda, con cucharita, con inyecciones, y pasábamos las noches enteras, el día entero, la semana, sin dormir, llamando médico, corriendo a las abominables casas de ortopedia, donde venden espantosos biberones, balanzas, vasos medicinales, embudos; llenos de grados y reglamentos. Tú puedes imaginarte cuánto he sufrido. La chica, me decían los médicos, se muere, y aquella cosa pequeñilla sufría horriblemente, de una hemorragia que le había salido en el cerebro al nacer. Pero alégrate Rubia Sara porque todo va bien; la chica comenzó a mamar y los médicos me frecuentan menos, y se sonríe y avanza gramos cada día a grandes pasos: marciales.

En las tardes, vengan grandes cervezas, vengan montillas y tapas en oscuras tabernas con perfume de vino, acompañado del músico Acario Cotapos, el más genial de los chilenos, hombre sin comparación con el resto del mundo y sobre el cual te puede ilustrar Amado Villar, quien lo sabe a ciencia cierta. Norah Lange se ha vengado de mí con una presunta cadena; le pagaré de manera sangrienta, echándole un sortilegio submarino.

Rubia de mi corazón: juntarnos con Federico y hablar de ti y tu casa es un solo acto. Federico te recuerda con el más grande cariño y hay que oírlo vociferar diciendo grandes y buenas cosas de ti, especialmente, y de los amigos, del grupo, en donde me parece, como un verdadero fantasma, cada momento, con ustedes; pero no puedo hablar porque estoy muy lejos, y hay un feroz océano entre nosotros, querida y tierna rubia, amiga ejemplar. He recibido tus cartas, directamente dirigidas al corazón mío, pero con tanta historia e hija, ¿qué podía hacer? Nada, esperar esta mañana y escribirte en una casa que he alquilado, una casa muy moderna, toda de ladrillos, y desde mi ventana se ve la sierra de Castilla, seca, ocre y oro.

¿Qué es de María Luisa? ¿Ese demonio no me escribe? ¿Qué es de Pablo? He leído sus bellos fragmentos en *La Gaceta* de Buenos Aires. ¿Que es de González Carbalho? ¿Se casó Raúl? ¿Oliverio, cómo anda? Te contaré que he escrito poco. Aquí no hay revistas literarias. *La Revista de Occipucio*, que es muy científica; *Cruz y Raya*, que es muy católica. La gente literaria, muy desunida. Federico no frecuenta sino la casa de Morla. Alberti tiene una linda casa y somos muy amigos, pero ahora está en Moscú, porque es muy comunista: una gran persona.

Te diré que se me ha muerto mi amigo el poeta Alberto Rojas Giménez; Oliverio lo conoció. Era un ángel lleno de vino; un acompañante ideal para mí y Norah y Amado. Cuando murió me morí de pena; lloraba mucho con ataques de pena y no sabía qué hacer, porque si hubiera muerto aquí habría estado con él y por lo menos me hubiera consolado. Entonces me fui en Barcelona a una gran catedral de marineros, la Basílica de Santa María del Mar, inmensa, oscura, llena de piedra y de pequeños barcos votivos y de huracanes barrocos. Pero como no sabía rezar fui a buscar a un amigo católico, que rezó en cada uno de los innumerables altares; en la oscuridad sólo ardían los cirios de un metro que compré para mi amigo, en el altar mayor, y yo de rodillas, me sentí contento. Entonces escribí una poesía que se llama "Alberto Rojas Giménez, viene volando", y que te mando aparte en una revista que la ha publicado. Es un himno fúnebre, solemne, y si lo lees

en tu casa, ha de hacerlo Amado Villar, con voz acongojada, porque de otra manera no estaría bien.

Te diré que el libro grandote va a reeditarlo *Cruz y Raya*; dentro de un mes estará listo y te lo mandaré, aunque ya lo conoces, pero lo tendrás para ti. Otras cosas literarias no conozco; no he visitado a nadie, ni a Ramón. Este está muy olvidado por los jóvenes, y acaba de publicar en el último número de *Cruz y Raya* un maravilloso estudio sobre lo cursi. Yo, que soy muy cursi, estoy muy contento.

Como ves, la vida literaria, que yo adoro sabiamente alternada con copetines nacionales, no me ha tomado por completo, a causa del verano, en que la gente se va a todas partes.

Adiós, querida amiga. Abraza a Pablo y a cada uno de los amigos y amigas y recibe un formidable abrazo con muchos besos míos.

Pablo

Mira, Rubia, como Tor ha publicado *Veinte Poemas*, te ruego me mandes, si hay, críticas".

Una visión de Vicente Aleixandre

El gran poeta español fue amigo de Neruda y le visitó en su casa llena de geranios en Argüelles. Neruda le mostró con un extraño orgullo a su hija. Aleixandre escribió sobre esta visión. El texto, "con Pablo Neruda", aparece en la obra *Prosas recobradas*, edición, recopilación y notas de Alejandro Duque Amasco, Plaza y Janés, editores, Barcelona, 1987. Su encuentro con "*una sonrisa que no crece*" es un documento estremecedor. Aquí va:

Pablo tenía una hija, no mayor de dos años, que yo no conocía. El poeta creó su nombre, que pronunciado por él parecía sonar como una luz o brillar como una música. Allí está, retenido, en su "Oda a Federico García Lorca", arropado entre los que le dejaron un rastro de intimidad en su vivir madrileño.

Corrían las semanas y los meses. Eran ya los días en que Neruda preparaba la salida de su revista *Caballo Verde para la poesía*, que hallaría editor generoso en su amigo Manuel Altolaguirre, el poeta y mágico impresor además, que daba a luz libros y revistas de poesía y paseaba su arte gráfica por el mundo. Aquel *Caballo* halló cuna en aquella linotipia y de allí arrancó, bajo la mano creadora de Pablo Neruda, para su deslumbradora carrera de unos pocos, pero decisivos números. Sólo la Guerra Civil Española hubo de interrumpirla.

Vivía Pablo en un edificio que su paso por él ha hecho famoso, la "Casa de las flores". Siempre me instaba a que yo fuese a conocer a su niña. Por fin, un día convinimos en ir

juntos aquella tarde a su residencia. Recuerdo a Pablo en la luz de primavera, su piel pálida, sus ojos detenidos en lo que miraban y que parecían querer a lo que veían. Nada era una realidad indiferente. Calle Princesa arriba (entonces Vicente Blasco Ibáñez), el esquinazo de Hilarión Eslava, aquel viejo, aquella rueda rauda... Y todo daba paso también, a veces, a algún sueño. Desfilaba en su voz pastosa su Java oriental como un paisaje submarino. El blanco, el rojo, el amarillo, el sepia, convocados, sonaban en los acentos emergidos, mientras el poeta Pablo pasaba por una calle madrileña que no se desmentía. Todo era ser y existir al mismo tiempo y sucesivamente.

Llegamos a una casa, aquí rosa, flores en las ventanas, persianas verdes. El brillo era más suave, pero el sol no se negaba. Volvió la cabeza. El campo, inmediato entonces, sin edificación interpuesta, dejaba pasar el aire azul de la sierra. Todavía siento su aroma como un mensaje que hasta aquí llegaba. Nos envolvía y nos despedía a la puerta misma de la casa. Subimos unos escalones. *Pasa, Vicente*. Un salón, y Pablo desapareció. Enfrente, una amplia balconada, y en el fondo, un gran pedazo de enorme cielo. Salí a la terraza corrida y estrecha, como un camino hacia su final. En él, Pablo, allá, se inclinaba sobre lo que parecía una cuna. Yo le veía lejos mientras oía su voz. *Malva Marina, ¿me oyes? ¡Ven, Vicente, ven! Mira qué maravilla. Mi niña. Lo más bonito del mundo*. Brotaban las palabras mientras yo me iba acercando. El me llamaba con la mano y miraba con felicidad hacia el fondo de aquella cuna. Todo él sonrisa dichosa, ciega dulzura de su voz gruesa, embebimiento del ser en más ser. Llegué. El se irguió radiante, mientras me espiaba. *¡Mira, mira!* Yo me acerqué del todo y entonces el hondón de los encajes ofreció lo que contenía. Una enorme cabeza, una implacable cabeza que hubiese devorado las facciones y fuese sólo eso: cabeza feroz,

crecida sin piedad, sin interrupción, hasta perder su destino. Una criatura (¿lo era?) a la que no se podía mirar sin dolor. Un montón de materia en desorden. Blanco yo, levanté la vista, murmuré unos sonidos para quien los esperaba y conseguí una máscara de sonrisa. Pablo era luz, irradiaba irrealidad, sueño, y su ensoñación tenía la firmeza de la piedra, el orgullo de su alegría, el agradecimiento hacia un fruto celeste.

Comprendí, pero no explico.